

Brillante y viperino

Saki
Cuentos completos
Edición de Juan Gabriel López Guix.
Traducción de diversos autores

ALPHA DECAY
816 PÁGINAS
42 EUROS

JORDI GALVES
La vida -y, por ende, la obra- de Saki, o lo que es lo mismo, de Hector Hugh Munro (1870-1916), transcurrió en dirección contraria a la de Jorge Luis Borges; fue creciendo desde el escepticismo y desapego juvenil hasta el firme compromiso de la madurez. Con razón se le ha comparado habitualmente con Oscar Wilde, por su inglés limpio, su gusto por las paradojas y las frases ingeniosas, por su sexualidad, por su triste final, por su personalidad brillante y encantadora que fue abandonando las respetables mollicies de la sociedad victoriana para ir desliziándose, poco a poco, como si se tratara de una predestinación, hacia el conocimiento de la realidad más dura y cruel. Cuando Saki, con casi 44 años, se enroló voluntario, renunciando a un puesto de oficial en el ejército británico al que tenía derecho para sumergirse en el infierno de las laborinticas trincheras de Francia durante la Gran Guerra, se estaba sometiendo a un más que exigente ejercicio de verdad. De repente todo se terminó, los juegos de salón, las conversaciones agudas, las acrobacias verbales, los libros, los periódicos, los poemas, los lienzos y los palacios de cristal quedaron sepultados por toneladas de barro húmedo. Primero fue el tío Oscar,

te -como en los tiempos de los versallescos salones literarios como el de Madame de Staël, que precedieron a la brutalidad de la Revolución Francesa- que la inteligencia y el ingenio eran suficientes para lograr un mundo mejor. Saki, extraordinario ejemplar de lo que fue la buena y desconfiada educación inglesa, estaba firmemente convencido de ello. O quiso creer que eso era posible. Tenía una personalidad arrebatadora, inquisitiva, insolente, tendente a la malicia, a la burla sin concesiones, al humor despiadado, negro muy a menudo, carente de ingenuidad o de cualquier tipo de angelismo. Su habilidad verbal era temible, su ausencia de tremendismo, magistral. Muy pronto aprendió que una cosa son las teorías bienintencionadas y otra muy distinta el rostro contradictorio y cruel de la realidad.

Nacido en Aktyab -hoy Sittwe-, en el golfo de Bengala, perdió a su madre, casada con Charles Augustus Munro, inspector general de la policía imperial de Birmania, cuando aún no había cumplido dos años y fue educado en Inglaterra en un universo presidido por sus familiares femeninos paternos, su abuela y sus tías solteras. Charlotte y Augusta, autoritarias y crueles, permanentemente enzarzadas en una aguda rivalidad

Reginald en el Carlton. Viperino y mordaz, asimismo lírico y elegante, quiere comprender el difícil arte de vivir y de asumir las contingencias, comprender el comportamiento de los seres humanos, su angustia atroz, su horror y su desánimo, su inercia autodestructiva, su absurdidad, pero también su irrenunciable vocación por la felicidad. Para ello no le basta con la observación atenta de lo que le rodea. Admirador entusiasta de Edward Gibbon -el novelista Tom Sharpe ha querido ver en el seudónimo Saki un homenaje al autor de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* a partir de la homonimia en inglés entre el apellido del historiador

El escritor dejó atrás la mollicie de la sociedad victoriana para enrolarse en la locura de la Gran Guerra

dor y el nombre de un mono, el gibón. Así Saki sería otro juego homónimo con el nombre del mono americano saki-, se da cuenta de que la ambición imperial o incluso la democrática es sólo un sueño, un ideal frente al desastre y el caos. Frágil pero imprescindible. Tras la estela de Gibbon redactará *The Rise of the Russian Empire*, convirtiéndose en un distinguido especialista sobre ese inmenso país, al que se trasladó como corresponsal para el *Morning Post* en 1904 y desde el que informó de la revolución de 1905 y del motín de Kronstadt. Resulta revelador que en el cuento *La vieja ciudad de Pskov* afirme que "Rusia se insinúa de forma natural a cualquier mentalidad extranjera como una tierra dominada por el descontento y el desorden, agobiada por la depresión". Es una apreciación aún hoy muy pertinente porque proviene de un método sensorial: el que aúna el rigor histórico a la observación privilegiada de la realidad que le proporciona el discurso de la literatura. El que vincula indisolublemente la moral privada con la cosa pública. Convencido de que el talón de Aquiles de la civilización es el integrista ideológico.

Se publican aquí reunidos todos los cuentos de Saki. Conmueva imaginarle en sus últimos días en la trinchera gracias a *El huevo cuadrado*, sin duda uno de los mejores cuentos jamás escritos: "Toda Europa es el barro del momento, el barro que a veces te envuelve como el queso envuelve al ácaro del queso... cuando estás hundido en el barro, te apoyas contra el barro, agarras objetos embarrados con dedos cubiertos de barro, parpadeas para quitarte el barro de los ojos, y te lo sacas de las orejas...". Allí un soldado intentará convencerle de la existencia de huevos cuadrados, de diseño mucho más estético y resistente a las caídas... para sacarle dinero. ¿Podemos tomarnos realmente la vida en serio al descubrir que las últimas palabras de Saki, pronunciadas en un cráter de obús, poco antes del asalto contra el enemigo, fueron destinadas a un soldado que fumaba: "Apaga ese maldito cigarrillo"? Quizás se decidió por seguir el aserto de Posidonio según el cual, ante la estupidez, mejor una muerte digna.]

Holcombe -la habita una de sus descendientes- y ahora reservada en exclusiva a hospedar cinco personalidades a lo sumo de la alta política, la abogacía, la medicina, las letras o la industria, que buscan disfrutar en ella de unos días de reposo absoluto. En semejante refugio circular regido por un pequeño grupo de empleados se produce el asesinato de un escritor célebre, oriundo de la isla, cuyo cadáver aparece colgado de una de las ventanas del faro. Todos los miembros de la comunidad, incluidos dos visitantes, un científico y un abogado, tienen motivos para resultar sospechosos; lo más probable es que los motivos del asesinato se encuentren en el pasado, lo que obliga a Dalgliesh y sus ayudantes a reconstruir fragmentos de las memorias de cada uno de los personajes que a nosotros, en un detalle de auténtico talento narrativo, nos son presentados desde varios puntos de vista a la vez, de manera que podemos deducir al mismo tiempo que los investigadores hacia quien o quienes conducen las pistas.

No voy a entrar en la urdimbre del enigma, por supuesto, pero sí en algo que para P.D. James resulta siempre primordial. Por una parte aquello que aflora en todo homicidio, los sustratos de la bestialidad humana exacerbados por el odio, la vanidad, la lujuria, los celos, la codicia, las frustraciones o el miedo. Por otra, los recelos éticos que pese a su dilatada experiencia crea el deber policial de violar la intimidad de los otros a un hombre estricto y sensible como Dalgliesh, celoso de su propia vida secreta. Entre el severo pragmatismo del profesional y las dudas y la compasión que genera en la conciencia del poeta el hecho de vulnerar territorios prohibidos en su cometido de perro de presa, se establece la tensión de un dilema moral, sin duda alentado por las convicciones de P.D. James, que imprime a la novela, a la mayoría de las suyas, una consistencia inusual en las obras que se reducen a cumplimentar las reglas del género. Lo veo como una prueba del vigor y el inconformismo de la siempre joven dama británica del crimen, mientras espero impacientemente leer la próxima. Seguro que me comprenden.]

del horror bélico. Fue en todo caso el rapto del amado de los brazos de la muerte. Pero la salvación no es eterna.

Gilles Rozier construye en *Un amor clandestino*, desafortunada traducción del polisémico título original, *Un amour sans résistance*, un seductor relato de amor en tiempos coléricos recorrido por un suave erotismo y una tensión narrativa crecientes. Haciendo gala de un virtuosismo lingüístico notable, consigue no desvelar el sexo del protagonista dando los giros necesarios para evitar las palabras que tienen marca de género, sin que por ello su prosa pierda fluidez. Aunque es cierto que desde el principio la intuición del lector apunta hacia el deseo homoerótico, el autor hace malabarisismos estilísticos para no abandonar la ambigüedad del enigma epílico. Puede parecer algo fuera de toda lógica en nuestros días, pero aun así esa es su intención, y es una lástima que en la versión castellana, por lo demás impecable, se haya deslizado un lapsus que efectivamente otorga al personaje protagonista carácter masculino, ya que aparece *sentado* en la página 53. En este sentido, no parece muy acertada la elección de la ilustración de la cubierta, donde dos hombres se abrazan desnudos... Talones de Aquiles de un canto de amor épico.]



Dos de las escasas imágenes del escritor: a la izquierda con su hermana Ethel en 1908, a la derecha en 1911

FOTOS ALPHA DECAY

la inteligencia arrogante y satisfecha del siglo, el asombroso, deslumbrante escritor de la buena sociedad que daba con sus huesos en prisión en 1895 y que sólo recobraría la libertad para morir en el exilio, tras una larga y melancólica enfermedad, en París en 1900. Después la bala de un francotirador alemán, durante los últimos días de la batalla del Somme -una de las grandes carnicerías de la historia en la que murió más de un millón de soldados-, en noviembre de 1916, acabaría con Saki.

Y eso, a pesar de que Saki había escrito en *Reginald* (1900), su desterrillante, feliz entre los felices libros de cuentos que existen en el mundo, que "sólo hay dos clases de personas que no pueden evitar tomarse la vida en serio: las colegialas de trece años y los Hohenzollern". Era la época del optimismo por el nuevo siglo, en el que se confiaba infinitamen-



tan doméstica como feroz. De esa experiencia familiar procede su profundo conocimiento sobre las mujeres de buen tono, grandes conversadoras, cultas y temibles rivales, extremadamente antirománticas, poseedoras de un poderoso sentido de la realidad. Como en el extraordinario testimonio que dibuja Wilde en *La importancia de llamarse Ernesto*, Saki se parapeta en una intrascendencia aparente y en una falsa frivolidad enamorada por las formas y así consigue ofrecernos un formidable retrato de su época, verídico más allá de los juegos del lenguaje y de la fuerza centripeta de las convenciones sociales.

"El escándalo es sólo la compasiva concesión que los alegres hacemos a los aburridos. Piense en cuántas vidas intachables se iluminan con las resplandecientes indiscreciones de los demás", afirma Saki, sin complejos, en su cuento